

PREGON

SEMANA SANTA MEDINA DE RIOSECO

2000



PREGON DE
SEMANA SANTA
MEDINA DE RIOSECO
2000

Vicente Garrido Capa

© Junta Local de Semana Santa

© del texto, su autor

Portada: Santo Cristo de la Clemencia. S. XVI.

Pedro de Bolduque (Iglesia de Santiago)

Imprime: Gráf. Andrés Martín, S. L.

Paraíso, 8. Valladolid

Depósito Legal: VA. 265.-2000

PROCLAMA:

En el Nomen del Padre que fizo el Cielo y la Tierra. Y en el del Hijo que nació de Santa María la Gloriosa y del Espíritu para sufrir pasión y Muerte, resucitando glorioso... Invocando a María señora de Castilviejo, al Santo Juan Bautista y a San Yago Peregrino, fago el servicio de proclamar por Rúas u Plazuelas de esta Noble Medina de Rioseco que:

Por los honorables regidores del Concejo, Señores de Justicia, Clérigos y Homes Buenos presididos por la VARA MAYOR de la Semana Santa y todos los hermanos de Cofradías Penitenciales han acordado ayuntados por la Fe, la Esperanza y la Caridad que hoy 15 de Abril de 2000 se haga la Proclama Pública y Pregonera en el templo de Santo Domingo y a las 8,30 horas de la tarde para que ante todos ellos y el pueblo fiel, se enaltezcan los valores redentores de la Pasión y Muerte de Nuestro Señor Jesucristo.

Sepades que esta Proclama Pregonera la dirá el Excmo. Señor Don Vicente Garrido Capa, Licenciado en Ciencias Químicas, Presidente de la Cámara de Comercio e Industria de Valladolid y del Comité Ejecutivo de la Institución Ferial de Castilla y León.

Lo fago por mandato del Señor Presidente de la Junta Local de Semana Santa Don ALBERTO CASTRILLO GONZALEZ.

Dado en la Cuaresma del primer año del siglo XXI, bajo el reinado de JUAN CARLOS I: EL REY.

Item más, damos públicas gracias a Dios Padre, a Dios Hijo y a Dios Espíritu y pedimos oraciones para que Su Santidad Juan Pablo II, vicario de Cristo en la Tierra siga pastoreando con singular tino la Iglesia Católica Universal.

Año de Gracia vigésimo quinto del Reinado de Juan Carlos I.

PRESENTACION

Con licencia del Rvdo. Señor Cura Párroco de Santa María y Santiago, Don Gabriel Pellitero Fernández

Ilmo. Sr. Alcalde de esta Ciudad, Excmas. e Ilmas. Autoridades, Presidentes, Cofradías y Hermandades, Hermanos Mayores, señoras y señores:

Hace trece años ocupé este atril como Secretario de la Junta de Semana Santa, desde hace seis lo vengo haciendo como Presidente y hoy por última vez. El año próximo lo hará Don Andrés San José de la Fuente, quien ha de sucederme en la Presidencia, esperando le acompañen los mayores logros.

El año 2000 a nuestras centenarias procesiones de Semana Santa, se incorporará un nuevo paso: La Santa Verónica, grupo escultórico compuesto de tres figuras, obra del escultor castellano-leonés José Ajenjo Vega. Desfilará el Jueves Santo inmediatamente después de Nuestro Padre Jesús Nazareno de Santiago, a cuya cofradía pertenece.

También el año 2000 nos ha traído la inauguración del Museo de Santa Cruz, perenne escaparate de nuestras tradiciones, donde se podrá admirar la belleza y riqueza cultural de imágenes, personajes, enseres, símbolos y documentación relacionada con Semana Santa.

El año 2000 pregona en esta su Ciudad un ilustre riosecano. Licenciado en Ciencias Químicas, dedicado a la actividad empresarial, ha participado como presidente en numerosas asociaciones. Actualmente es Presidente de la Cámara de Comercio e Industria de Valladolid y del Comité Ejecutivo de la Institución Ferial de Castilla y León, se trata del Ilustrísimo Señor Don **VICENTE GARRIDO CAPA**, es naturalmente cofrade, pertenece a la Hermandad de La Soledad, Imagen que preside este acto. Esta sucesión adquirida de nuestros mayores, también le viene a nuestro Pregonero dada de su padre Don Vicente, que perteneció a Nuestro Jesús Nazareno de Santiago, paso que portó sobre sus hombros en puesto de cadena, poseyendo la facultad de ocupar el lugar que deseara, como así consta en el fondo documental de la Junta, privilegio a él sólo concedido, por los servicios médicos que desinteresadamente prestaba a sus hermanos cofrades.

Esperamos descubrir en su alocución, vivencias semanaseras, enfrascarnos con sus relatos, los que sin duda contendrán bellos recuerdos de su infancia y un interesante anecdotario que conservaremos en nuestro recuerdo con el mayor cariño, de eso Sr. Garrido, puede estar bien seguro.

Reciba de la Ciudad entera, de las Cofradías y Hermandades, de esta Junta, el más sincero reconocimiento por haber accedido a pregonar tan importante acontecimiento para todos, especialmente para los riosecanos como es su Semana Santa. Don Vicente, muchas gracias y Ud. tiene la palabra.

ALBERTO CASTRILLO GONZALEZ
Presidente de la Junta

PREGON DE SEMANA SANTA MEDINA DE RIOSECO - 2000

Vara Mayor. Señor cura párroco de Santa María Mediavilla y Santiago, Presidente de la Junta Local de Cofradías, Mayordomos de las Cofradías de la Muy Noble y Muy Leal Ciudad de Medina de Rioseco. Excmas. e Ilmas. autoridades. Señoras y señores. Hermanos por la luz de Cristo.

Ante esta imagen de La Soledad nos disponemos un año más a renovar nuestra fe en Cristo, el Hijo de Dios vivo, cuya Pasión, Muerte y Resurrección tienen en este extremo de Tierra de Campos un sentido que trasciende, incluso, lo religioso, para asentarse en la raíz del pueblo, en sus creencias, tradiciones y sentimientos. ¿Acaso cuando se oye el grito del pardal y el sonido de los tapetanes no brota desde nuestro fuero interior de creyentes un manantial de recuerdos e historias que nos devuelven a los orígenes?

Si es que hay veces en que hasta los Altos de Buenavista o San Buenaventura, en días invernales y de penumbra, pareciesen el mismo Gólgota rasgado entre tinieblas. Pero no. No es el Gólgota ni Judea ni Nazaret ni Betania ni Jerusalén o Belén. Son, eso sí, pueblos sencillos, pequeños, de esta Castilla, vieja y austera, como Medina de Rioseco, Bolaños, La Unión, Villagarcía, Villalba, Villavicencio o La Mudarra. Como aquellos, sintieron la palabra de Jesús y la hicieron suya, de tal modo, que no dudaron en representarla con toda su crudeza y plenitud. Y así, henchida de fe, Medina de Rioseco se dispone también a recordar los últimos días de la vida de un hombre.

Es la Semana Santa de los pueblos de Castilla. Pueblos llanos, sin fin, surcados de cereal, como esta Medina de Rioseco, en la que durante generaciones los padres legaron a sus hijos el testigo y sagrado honor de llevar a hombros sus monumentales imágenes. Es mi caso y, como han oído hace unos momentos, mi padre sacó «la cadena» del Nazareno de Santiago durante varios años. Esa Pasión hecha arte, que sale a la calle y convierte la calle en templo. Esa Pasión que hace vibrar, con la tensión propia de los acontecimientos trascendentales que se disponen a narrar, cuando cruzan, casi en cuclillas, a ras de tierra, el umbral de nuestras catedrales.

Qué golpe de belleza y, al mismo tiempo, qué golpe de dolor. ¿Acaso no hubo dolor, violencia y tragedia inauditas en aquella primera Semana Santa? Sólo nuestra Soledad, nuestra Madre María, a quien yo me acojo como cofrade, puso una nota de dulzura y pena en lo que fue desolación desgarradora. Sabemos que no hay mayor dolor ni pena más terrible que los de la madre que pierde un hijo, y ese dolor y esa pena, bañados de dulzura, están vivos en esta Soledad que llora como cualquier madre de hoy, de ayer y de mañana, al hijo perdido.

De algún modo ese dolor nos aguijonea a todos los cristianos cuando vemos a nuestros Cristos de Gregorio Fernández, Juan de Muniategui, Claudio Tordera, Francisco Díez de Tudanca, Andrés de Olivares o Tomás de Sierra pasar a nuestro lado o cuando desde el balcón de nuestra soportalada Rúa casi si llegas a rozar sus dedos. Y un escalofrío recorre tu cuerpo. ¿Qué será? ¿Qué fuerza conmovedora puede producir ese temblor? Es el sentimiento de culpa por ver a Jesús condenado, la verdad pisoteada, la justicia ultrajada... Y todo ello, porque a Jesús le amamos hoy como hombre, Hijo del Padre, porque le conocimos desde niño.

Fue así. ¿Quién no ha crecido junto a Jesús cada día de escuela, aquellas clases con estufa y pizarra donde nos contaban sus historias? El héroe de una causa perdida, que se diría hoy. Pero habrás visto Jesús que tu causa no cayó en saco roto, que ha llegado entera hasta nosotros y deseamos recrearla una vez más para reforzar y alimentar nuestra fe cristiana. Vivirla en la forma en que lo hacemos los hombres y mujeres de Medina de Rioseco. Con respeto a las ancestrales costumbres y tradiciones heredadas, pero sin frenar la necesidad que otros tienen de compartir nuestras vigiliass.

Esos forasteros, a los que hoy llamamos turistas, forman parte también de nuestra Semana Santa, aunque no falten voces que aseguren que su presencia distorsiona el sentir profundo de las convicciones de nuestro pueblo. Nada más lejos de la verdad. ¿Qué diferencia existe entre el autóctono y el foráneo cuando a ambos les une un mismo sentimiento? Parafraseando a Adolfo Muñoz Alonso, en Rioseco el turista se transforma milagrosamente en peregrino, el curioso en cofrade y el visitante en contemplador devoto. No le faltaba razón. La Semana Santa es, sí, nuestro orgullo, pero no por ello podemos caer en el error de retenerlo como si de una exclusiva se tratara.

Aquí, en este rincón de los Campos Góticos, el viajero no puede sentirse indiferente. De hecho no se siente indiferente. Es tal la fuerza del imán de esta muestra de religiosidad bien entendida, que cuantos vienen terminan entregados al río humano que corre por esas calles empedradas, entre esos desvencijados soportales que aguantan el paso y el peso de los siglos, para fundir sus voces con las nuestras y hablarle a Dios. Quizá mu-

chos no comprendan esta mortificación, esta cultura de exaltación del Dios hecho hombre, muerto y resucitado. ¡Qué más da! Pero..., ¿a que se une a nosotros? Y, casi con toda seguridad le hablará al Justo. Como tú, como yo, como todos nosotros.

Rioseco enmudece en silente silencio y el pregonero se enfrenta al papel en blanco, blanco cual túnica de Viernes Santo, para poner palabras a sentimientos, emociones y vivencias. Momentos de duda e incertidumbre y, en soledad, dejo volar la mente con el deseo de que el pregón hable por sí mismo, por la pura elocuencia de sus fines. Solitaria soledad como la del corredor de fondo. Y la Soledad, como toda madre, acude en ayuda de su hijo y toma su mano para guiarle en tan comprometida misión. Poner palabras a esa magia que nos devuelve el recuerdo olvidado, esa magia que a los hombres nos hace sentir más Hijo y a las mujeres más Madre, esa magia, sí, que se vive en Rioseco.

Pero, en fin, qué puedo deciros yo que no hayan contado ya de la Semana Santa de Medina de Rioseco ilustrados nombres de nuestras artes, ciencias y letras. Este elegido para pregonar la Pasión de Jesús no deja de ser un creyente más, un español cualquiera vinculado a la tierra y la familia, que aquí nació y forjó una parte importante de su vida, como son todos los principios. Como podréis ver, pocos méritos. En definitiva, un creyente vulgar, sencillo, como tantos, pero... a lo castellano. Por eso, uno mis palabras a las de un viejo y recordado amigo, que también fuera presidente de la Cámara de Comercio e Industria vallisoletana, y voy «a pregonar como Dios me dé a entender que es la mejor manera de entender el pregón».

Muchos de los que ahora me oís y conocéis sabéis muy bien que este pregonero no es un hombre de letras. Toda mi vida profesional ha estado dedicada al mundo industrial y, por consiguiente, soy un hombre de empresa. Y voy a hablar un poco de empresa, aunque suene extraño hacerlo en este escenario y por el motivo que hoy nos reúne aquí. Quiero hablaros de una gran Empresa, con mayúsculas; una empresa que empezó a construirse hace dos mil años y que ha levantado con su esfuerzo y sacrificio un hombre que se llamó Jesús, que dio hasta el último hálito de vida para que su creación llegara hasta nuestros días limpia y sin mácula. Suyo es el mérito, pero hay que decir que no ha estado solo. Pedro le negó tres veces y, a pesar de todo, le creyó y le siguió. Y muchos más después, por eso estamos ahora aquí para recordar –y festejar también– su obra.

Una gran empresa que, si lo analizáis, se ha apoyado, a su vez, en el trabajo de otras muchas pequeñas empresas, como es habitual en las economías desarrolladas, que creyeron y creen en el producto del fundador y, que a modo de franquiciados, lo preservan y extienden. Son los gremios y cofradías o las cientos de comunidades cristianas o esas ONGs repartidas

por el mundo que acercan la palabra de Jesús, recuerdan sus obras y, como Él, tienden la mano a quien pide ayuda. Empresas que hacen realidad la economía de la salvación, como aquel samaritano que puso de ejemplo para mostrarnos el camino de la luz y la verdad.

«Tuve hambre y me disteis de comer, tuve sed y me disteis de beber, fui viajero y me hospedasteis, desnudo y me vestisteis, y me cuidasteis, enfermo encarcelado y me visitasteis... Cuantas veces hicisteis esto con alguno de mis pequeños hermanos, conmigo lo hicisteis» (Mt. 25, 35-40). ¿A que es fácil reconocer en este relato del evangelista la labor de nuestras centenarias hermandades y cofradías? Todas ellas de clara raíz gremial, o lo que es lo mismo, empresarial. Aquellos carniceros, pañeros, curtidores, pescaderos, armeros... —oficios que dan nombre a nuestras calles—, no eran sino autónomos empresarios que entregaron una parte de su vida a esas obras de Dios, a veces cosas pequeñas, pero siempre muy necesarias.

Qué modelo de empresa más bella, con qué propósitos más nobles. Habrán podido perderse alguno de los fines que animó el nacimiento de nuestras cofradías; es natural, los tiempos cambian, pero su mejor cuenta de resultados es la que se muestra estos días en las calles de Medina de Rioseco. Esa Semana Santa viva que cada año afianza la fe y la creencia en el mensaje y lección de Jesús. ¿Acaso existe mejor método de transmitir sus palabras que representándolas con sus hechos? Ese valor en alza se lo debemos a nuestras cofradías que han preservado un recuerdo que es razón de nuestra existencia.

Verdad es que vivimos con recogimiento y dolor su pasión y revivimos en tallada madera su llegada entre palmas y su resurrección días después. Es Medina de Rioseco. Bien distinto al Jerusalén de hace dos mil años. Allí la algarabía, aquí el silencio, el desconuelo, la soledad interior y, al mismo tiempo, el gozoso reencuentro con las familias, los hermanos cofrades, los amigos. Presentes y ausentes. Momentos de alegría y fraternas sobremesas y veladas alrededor de una copa de anís o de orujo, unas rosquillas de palo y unos bollos de aceite. Así ha sido y así será. Evoco nuestra Semana Santa, que es como decir la Semana Grande de Rioseco, la de mi niñez, la soñada y ensoñada, la que se lleva y siente por dentro. Cuán cierto es que «de toda la memoria sólo vale el don preclaro de evocar los sueños». Me pasa a mí y os pasa a vosotros; un año, y otro, sin solución de continuidad.

Hay algo, sin embargo, que también en Castilla, al igual que en la Judea de Jesús, se asocia a su Pasión. ¿Sabéis cuál es? Es la tierra, la tierra ancha, esponjada y sin linderos. La tierra fue lo único que allá, en Jerusalén, se manifestó compasiva y amorosa con nuestro Señor. Y aquí, en Castilla, son también la tierra y el paisaje los que se ofrecen como blando lecho, inmenso en su anchura; tierra augusta, solemne, litúrgica, abier-

ta, sacrificada, doliente, virginal, fecunda, enlutada y temblorosamente conmovida a la hora del crepúsculo, cuando salen las procesiones balanceándose por entre las calles Mediana, Rúa, San Buenaventura, Lienzos, Misericordia..., como espectros a la luz de la luna y de los cirios.

Y a la tierra y el paisaje, yo añadiría los hombres; hombres del siglo XX y del XXI, de las más variadas profesiones, que llegan a Rioseco procedentes de cualquier rincón de la geografía nacional, también del extranjero, que vienen a cumplir con el compromiso de honor, con la llamada de la sangre, con la Semana Santa, la de los «pasos grandes» y la de los otros. Procesiones silentes y perfumadas de cera, mientras el golpe seco de la horquilla en el suelo marca los ritmos de la pena y del dolor. Los que desde siempre nos apiñamos en este corro de la vida, no estamos de paso, ni para pasar el rato.

¡Van a abrirse las puertas de los templos y, a partir de ahora, las de nuestro flamante Museo de la Semana Santa!, brillantemente inaugurado hace unos pocos días. Una invasión de gloria se presiente. Este presentimiento es mío, y de los que conocéis nuestra Semana Santa, y por este pregón quiero trasladarle a los ojos y entendimientos expectantes de quienes quieran ver y sentir una alegría, primero, y un dolor angustiado, después, que no perturbará nuestras almas, ni dejará sombra de odio en ellas, ni heridas mortificantes en nuestras conciencias. ¡Pueblo amante de sus tesoros, va a mostrarnos ahora sus riquezas! Se abrirá la Ciudad de los Almirantes. ¡No habrá ni puertas, ni sombras, ni verjas, ni fronteras! ¡Todo luz y espacio sin límites! Ni museos, ni templos, ni calles, ni plazas, ni ríos, ni campos... El Hijo de Dios se abre paso con su presencia renovada.

Domingo de Ramos. Entrada triunfal de Jesús en Jerusalén. Rioseco también está bulliciosa. El aire fresco de la primavera que ya da vida a nuestros campos presagia una jornada de júbilo y alegría. Todo está preparado. Junto a la puerta, unas ramas de laurel y romero, también una pequeña palma, que horas después presidirá uno de los balcones de la casa.

Qué poco duró la felicidad. Qué pronto se apagaron el hosanna y las risas de los niños. Se echan encima las nubes y Rioseco se sumerge en el luto de su dolor. Todo está escrito. Se cumple con rigurosa precisión el rito y la palabra del profeta. Cambia la escenografía, pero el ambiente la absorbe e impone la suya. Corro de Santiago, Calle Mediana, Corro de San Miguel, Rúa Mayor, Plaza Mayor, Lienzos, San Buenaventura, Misericordia, Estudios... y, todo el pueblo, se transforma. Los ojos de los riosecanos se reencuentran con su pasado, con sus ayer, y toda la carne de sus cuerpos se entrega al estremecimiento.

Es Jueves Santo. El aire de Rioseco se llena con el sonido ronco de los tapetanes, acompañados por las notas fúnebres de la Virgen del Castillo.

Se barrunta la muerte. ¿Qué hacer en esta vida, cuando se ama lo que se muere?, preguntó un pregonero. No cejar al desaliento. Rearmar nuestra fe, como nuestros hombres creyeron en la tierra, nuestras cofradías en sus fines y todos en el Cristo de la Luz, la Resurrección y la Vida. Los pasos nos evocan paz con La Oración del Huerto, tensión en La Flagelación, impotencia con el Ecce Homo.

Jesús Nazareno de Santiago y Santa Cruz, La Desnudez, La Pasión, La Dolorosa... y esa Verónica que el Jueves saldrá por vez primera a la calle para llenarla de esplendor, como lo hicieron las imágenes que durante los últimos años se han incorporado a nuestras procesiones. Pasos que ponen ante nuestros ojos la dimensión de la empresa que alumbró Jesús. Y las múltiples empresas, filantrópicas unas, lucrativas otras, que han conseguido que el jueves Nuestro Señor vuelva a estar en las calles de Rioseco.

Nos preparamos para vivir la trágica muerte. Uno piensa de pronto en toda la muerte que nos rodea a diario y, a pesar de todo, es la de Nuestro Señor la que, por más conocida, más nos conmueve. El Corro de Santa María bulle de gentío. Espera ver la salida de los «pasos grandes», Longinos y La Escalera, llamados «reventones» por los que no son de Rioseco y que un día oyeron la leyenda de Valladolid. Suenan ya las notas de La Lágrima, suena el himno de la Semana Santa de Rioseco, suena nuestro corazón palpitante, y a la vez oímos palpar el corazón de los hermanos, a los que por riguroso orden de lista ha tocado sacar los pasos. Todos se disponen de acuerdo a su estatura, mientras a la orden de la palmada del «cadena», arrodillados, elevan su oración a Dios antes de salir.

«¡A una! ¡A dos!...». «¡Oído!». Salen los pasos, por fin. Grandísimo esfuerzo humano que también le hubo en el Calvario para llevar la cruz. Las túnicas de los cofrades, ayer moradas o negras, son hoy blancas, en recuerdo del Sudario de Cristo, y rasgan como una estela encendida la negritud silenciosa en que se convierte Rioseco. El anochecer se hace ceniza en la tarde del Viernes Santo. Ya no suena el tapetán en señal de luto. La Crucifixión, el Descendimiento, el Cristo de la Paz y el de Los Afligidos, La Piedad, el Santo Sepulcro, La Soledad... No cabe más sentimiento en la calle.

El intenso bullir de los riosecanos alrededor de sus pasos no es un espectáculo para el divertimento de ajenos; es la vivencia de un pueblo, es la expresión colectiva de un sentimiento que no puede morir y que sólo puede comprenderse cuando se penetra en él. Es la llamada de ese Pardal, acerada y desabrida, que ha marcado nuestras vidas y nos revive las imágenes de Manuel, Benito, Luis y, ahora, José, para llegar hasta aquí, hasta el mismo borde de este presente, y anunciarnos que un año más a punto está de cumplirse la Escritura.

Así son los Viernes Santo en Rioseco a eso de las siete, cuando cae la

tarde. Toda la ciudad se convierte en actor principal de este drama y vive y siente la serenidad de Jesús agobiado por el dolor, mientras avanza por esas calles de la amargura, solo y con la cruz auestas, llorado por su Madre. Si antes trataba de haceros sentir esa tensión de la calle, haced ahora abstracción de ella; olvidad el frío, los fotógrafos y las caras conocidas; olvidad todo unos minutos y revivid ese momento en que los ojos lacrimosos de esa Madre, solos también, se posan en los tuyos.

Mirada de sufrimiento, de dolor humano, muy de las de aquí, que se hace entender sin rodeos. Un dolor hondo y sereno que llevará de por vida; pura pena de una madre huérfana de hijo. Es la Soledad, nuestra Soledad, a la que considero mía a mi modo, pues como uno de sus leales cofrades la he llevado sobre mis hombros muchos Viernes Santo por estas calles de Rioseco. Soledad. Así la llamamos, y ¿qué riosecano no ha hablado con ella alguna vez?

Así es la Semana Santa que se mantiene presa en la retina de mis ojos. Pasan los Pasos. Miradlos. Y mirad cómo la multitud los mira. Mirad cuántas miradas de hombres y mujeres hay en ellos. Y cuántas ha habido. En los ojos de esas tallas están impresas todas las miradas que allí fueron a posarse. Veo, sí, los ojos suplicantes de nuestros Cristos y la amargura en los de su Madre, que hacen brotar las lágrimas de sus hijos cuando, rodilla en tierra, la rinden reverencia en el Arco de Ajújar. Pero también veo los ojos de José de Arimatea, Nicodemo, Simón de Cyrene, Juan, la Magdalena y los de esos sayones, El Barrena, entre ellos, y al mirarlos, veo a gentes del pueblo, de este pueblo y de todos los pueblos de la tierra. Y todo eso ocurre por nuestra capacidad para, durante unos instantes, abolir el tiempo y regresar al punto de partida. Un volver a empezar. Redención, muerte purificadora y resurrección.

Resurrección. Sí. Es Domingo de Resurrección. Igual que lloramos la muerte del hombre celebramos su regreso a la vida. El Hijo de Dios, muerto y resucitado, se encuentra con su Madre en la esquina de la calle Santa María y el pueblo proclama su alegría. Todo el dolor que nos invadió en los días precedentes se troca en gozoso júbilo. Júbilo que en este 2000 jubilar es más festivo y hace de todo cristiano pregonero del mensaje de Jesús: «He venido a anunciar el Evangelio a los pobres, la liberación a los oprimidos y a los afligidos el consuelo». Despojado ya de los lutos, el hombre vuelve a sus quehaceres, a esa empresa de la vida que todos llevamos dentro y que sostenemos con nuestra fe en Cristo.

La dimensión del cristiano, que no es sólo revivir la Semana de Pasión, sino sobre todo y, por encima de todo, dar sentido a nuestra vida y a nuestro mundo con la lección que dejó escrita. Las consecuencias de la Muerte y de la Resurrección de Cristo como modelo de comportamiento cristiano llevan a incorporar una serie de valores en ese objetivo central

que es el pleno desarrollo de la condición humana, eso que Laín Entralgo llamó «la empresa de ser hombre». La empresa de Dios es la empresa del hombre, de todos los hombres, de todos nosotros, que vivimos siempre con la esperanza de algo nuevo, guiados por la palabra reveladora de Nuestro Señor.

Este pregón, en el inicio de un nuevo milenio, ha querido ser, además, un canto enamorado de la vida. El hombre no está, no puede estar, existencialmente anclado en el dolor y la muerte. El Cristo-Hombre muere, pero el Cristo-Dios resucita. El punto final de la Semana Santa es el retorno a la vida y la conversión del drama del Gólgota en un anhelo de esperanza. La primera sensación que produce Rioseco estos días es la de una pletórica tensión vital que se halla a flor de piel, como dispuesta a reventar. No es un culto de muertos, sino de vivos; no es la tristeza del que des-pide, sino la alegría de quien espera. Lo que esperamos todos es un estallido de gloria con la resurrección de Jesús.

«Mi paz os dejo, mi paz os doy» (Jn. 14, 27), dijo el Señor. Nuestra sociedad está sedienta de paz en todo el mundo y, el ejemplo de Cristo, rechazando el recurso a la violencia, prefiriendo morir a matar, es un estímulo para afrontar todas las violencias individuales y colectivas que en el mundo son. Podremos defender nuestra verdad, pero nunca imponerla. También Jesús nos ofreció un ejemplo con su verdad. Él no la impone y, aunque puede, se limita a morir por ella cuando Pilatos le pregunta. Por eso hay que entender su muerte como el respeto a los demás y a sus opciones llevada al último extremo.

Habréis comprobado que este pregonero no ha cantado las excelencias de nuestra imaginería ni los grandes momentos que protagonizó la villa, ni ha reivindicado cosas materiales para encarar el futuro ni ha mentado la importancia de los proyectos en marcha. Creo que no era esa mi misión aquí, ni lo que hubiera esperado nuestra Junta Local de Semana Santa cuando tuvo la gentileza de ofrecerme tan comprometida tribuna, para hablarle al alma de Medina de Rioseco desde el alma de uno de sus riosecanos. Frente al espíritu del mundo, nuestro pueblo enciende estos días las luminarias de su piedad. Así lo ha hecho desde hace siglos y así lo hará, obediente al mandato del Evangelio, que recomienda poner la luz sobre un candelero para alumbrar a todos los de la casa.

Es la herencia que hemos recibido y yo espero haber puesto mi grano de arena para conservarla. Está claro que el lenguaje de nuestra Semana Santa es capaz de llegar a lo más hondo de las almas humildes. Yo he pretendido dejar un poso en esas almas con un pregón, que no sé si es mejor o peor que otros, es un pregón más, mi pregón, humilde también, fiel a un estilo de vida y de muerte redentora. Hecho con la luz de quien quiere iluminar sin ser un iluminado. Es el gran secreto de esta tierra que no quiere

ser nada si el hombre al trabajarla no recuerda que es un soplo de viento enamorado. Amor en las cosas que hace día a día; amor en las cosas que predica; amor en las que cree. Ese es el perfil del pregonero que tenéis ante vosotros.

El Pregón está hecho, ha llegado a su fin. La Soledad de mis soledades, a quien aquí veis, ha hecho el resto. Pregonar quiere decir en voz alta una verdad que a todos conviene saber. Y esto es lo que he hecho yo o lo que he tratado de hacer. Pregonar la verdad de una Semana Santa incomparable donde es posible todo: la fe, la caridad, la entrega, el amor... Así lo proclamo yo, Vicente Garrido Capa, en Medina de Rioseco, un pueblo de Castilla, un pueblo de España, mi pueblo, mi raíz, a 15 de abril del año 2000 de Nuestro Señor Jesucristo.

Muchas gracias. Que Dios esté en vosotros y vosotros estéis en Dios.

COLABORAN:

